

Cathy Hopkins

Abriendo las alas

Cinnamon Girl 



1

Año Nuevo

–¡Quién empieza? –pregunté.

Estaba sentada en la cocina de la casa de mi tía con Leela, Zahrah y Brook. Nos hallábamos apiñadas en torno a la mesa, tomando licuados de frutos del bosque y escribiendo nuestros buenos propósitos para el nuevo año.

Brook levantó su hoja. Estaba en blanco.

–Yo no hago propósitos. ¿Para qué? Los rompo a los pocos días y me siento una fracasada, y ¿quién quiere empezar el año con un fracaso?

–Eso es sólo un pretexto. Es bueno tener objetivos claros –dijo Zahrah–. Así sabrás a qué apuntar. Propósitos, metas... es lo mismo. Es bueno tener un plan.

–Vaya –intervino Leela con una sonrisa–, escuchen a la señorita Estricta. Seguramente algún día llegarás a ser primera ministra, amiga. Entonces, ¿cuáles son tus propósitos? Número uno: conquistar el mundo. Número dos: que todos empiecen a trabajar una hora antes. Número tres: basta de fines de semana y feriados –dijo, simulando un saludo militar.

Zahrah la ignoró y echó un vistazo a su lista.

–Hacer un plan de estudio. Elegir las materias para el próximo año –leyó, mientras levantaba la vista y le sacaba la lengua a Leela–. Y quizá me postule para primera ministra. ¿Por qué no? Si Barack Obama es presidente de los Estados Unidos, yo podría ser primera ministra aquí, en Gran Bretaña.

–¡Qué aburrido! –rezongó Brook–. ¿Y tú, India Jane?
 Miré mi hoja. 1) Ponerme de novia con Joe. 2) Hacer más ejercicio.
 3) No comer tanto chocolate para que me entren los jeans que me regalaron para Navidad. 4) Decirle a Tyler que quiero que seamos amigos y no novios. Vacilé. *Un poco superficiales en comparación con los de Zahrah*, pensé. Aunque pronto tendríamos exámenes, no se me había ocurrido anotar nada remotamente relacionado con la escuela. Tapé mi lista con la mano para que las demás no vieran lo que había escrito.
 –Eh... Ser feliz. Creo que ése va a ser mi propósito este año.
 –Es bueno –dijo Brook–. Pero ¿qué cosas te hacen feliz? ¿Qué quieres que pase este año?
 –Lo cual nos lleva de vuelta al tema de los objetivos –dijo Zahrah, y Brook lanzó un suspiro de cansancio.
 –Joe me hace feliz –respondí–. Cuando vino antes de Navidad, pensé que empezaba a aceptar que hay algo entre nosotros.
 –Que estaba cayendo bajo tu hechizo –dijo Brook; se puso de pie y empezó a bailar, a retorcerse y cantar una canción estrafalaria–. *Hechiceraaaa, tienes el diablo en los o-oo-ojos...*
 Leela levantó el vaso de Brook e hizo girar lo que quedaba de líquido.
 –Hum... ¿Le pusiste algo al licuado? Parece que le hizo mal.
 –Sí, yo no pondría en tu lista de objetivos: *Postularme en un concurso de canto* –agregó Zahrah, riendo.
 Brook se sentó e “hizo pucheros”.
 –A mí me encantaría que Joe dejara de resistirse al compromiso y pudiéramos ser una pareja normal: salir, hablarnos por teléfono y no ver a nadie más –dije.
 –Entonces tú y Zahrah estarían de novias –dijo Leela–. Brook y yo quedaríamos solteras. Tal vez deberíamos poner eso en nuestra lista. *Conseguir novio*.
 –No se trata de una lista de compras. Digo, *comprar champú, conseguir novio* –acotó Zahrah.

–¿Por qué no? –preguntó Brook–. Fuiste tú quien dijo que debíamos tener objetivos.
 –No esa clase de objetivos –repuso Zahrah–. Me refería a dónde quieres ir, quién quieres ser.
 –¿Dónde quiero ir? A una cita. ¿Quién quiero ser? La novia de alguien. Vamos, Zahrah, cálmate –dijo Brook–. Mañana volvemos a la escuela. Pensemos en estas cosas, entonces.
 –Sólo porque tú no sabes lo que quieres hacer –dijo Zahrah.
 –En realidad, sí lo sé. Quiero ser muy, pero muy rica –repuso Brook.
 –Pero si ya lo eres –dijo Leela.
 –No somos ultra-ricos –respondió Brook–. Yo quiero súper millonaria.
 –No siempre sucede así. Chasqueas los dedos y eres rica. Vuelves a chasquearlos y tienes novio. Deja de soñar, amiguita –dijo Zahrah–. Como siempre, tienes la cabeza en las nubes.
 –Tengo planes –replicó Brook–. Sueños. Podría dedicarme al diseño, tal vez. O escribir. Podría casarme con un millonario.
 Zahrah puso los ojos en blanco.
 –Y probablemente lo hagas, con las conexiones que tiene tu familia. Mis amigos no podrían ser más diferentes, en lo que a fortuna se refiere. Los padres de Brook están separados pero ambos son ricos. Brook siempre ha tenido todo lo que quiso, siendo hija única y viviendo entre Londres y Nueva York sin escatimar gastos. Vive con su mamá en un elegante apartamento cerca de aquí, en Holland Park, con ventanas altas, habitaciones inmensas y muchísima luz.
 La familia de Zahrah es todo lo contrario. Su papá es inglés, su mamá es etíope y viven en Queen’s Park en una casa pequeña, que debe ser aproximadamente la cuarta parte de la de Brook, y no les sobra mucho el dinero.
 Los padres de Leela son ingleses de origen indio; ambos son farmacéuticos y no tienen problemas económicos. Leela tiene dos hermanos mayores: un varón y una mujer.

Yo tengo tres hermanos (dos son mis hermanos verdaderos: Lewis y Dylan, y Ethan es mi hermanastro del primer matrimonio de papá). No somos ni ricos ni pobres. Vivimos con mi tía Sarah y mi prima Kate en su fabulosa casa de cinco pisos en Holland Park. Habríamos podido estar en mejor posición económica, pero mis padres gastaron toda su herencia viajando por el mundo. En realidad, son un par de viejos hippies. Por suerte, mi tía invirtió su parte con más sensatez y ahora tiene una buena fortuna; por eso pudo ayudarnos cuando a mamá y papá se les acabó el dinero y no teníamos dónde ir. Hemos vivido en cinco lugares distintos (en el Caribe, Italia, la India, Marruecos e Irlanda), y siempre me ha pasado que hacía amigos y, justo cuando empezaba a sentirme más a gusto, tenía que despedirme. Como con mi amiga Erin el año pasado, cuando abandonamos Irlanda y vinimos a vivir a Londres. Me ha hecho muy feliz poder quedarnos un tiempo en un mismo lugar, y tener este grupo de amigas es un sueño hecho realidad. Espero que a papá no se le ocurra volver a mudarse, dedicarse a los cultivos orgánicos en alguna remota parte de Escocia o dictar un curso de pintura en la Toscana: ésa es la clase de ocurrencias que tiene de vez en cuando. Es muy inquieto, pero tanto él como mamá están trabajando y, por el momento, parecen haber sentado cabeza, lo cual es excelente porque puedo estar con Brook, Leela y Zahrah.

Rara vez el dinero es un problema; sólo a veces, por ejemplo, cuando Brook quiere ir al cine y las demás no tenemos para la entrada. Pero nunca pasa a mayores. En lugar de ir al cine, alquilamos un DVD y listo.

Además, todas somos muy diferentes en cuanto al aspecto. Estuve pensando en hacer alguna obra para Arte con nosotras cuatro. Hacia fin de año, en la escuela tuvimos que hacer un autorretrato, y este trimestre debemos seguir trabajando en ese tema. Se me ocurrió hacer retratos de amigas. Y tuve una idea para un proyecto. Quiero titularlo “Matices”. Empezaré con una fotografía de todas nosotras de perfil, y de ahí quizá pase a pintar retratos.

Ya puedo ver en mi mente las primeras imágenes. Una foto en color y luego la misma en blanco y negro. Primero estaría Zahrah, que tiene la piel más oscura; después Leela, que es color café. Seguiría yo, con mi tez aceitunada, y por último Brook, blanca como la porcelana. Creo que podría dedicar todo el trimestre a trabajar en los distintos aspectos de nuestra imagen. Tonalidades de piel y de cabello. Texturas, también. Zahrah tiene pelo grueso y duro. Se peina con hileras de trencitas. Leela lo tiene como seda, lacio, brillante y largo. A mí me llega hasta los hombros, cortado en capas, de un color castaño cobrizo con leves ondas que elimino con el secador, y el cabello de Brook es liso y tan oscuro que, según la luz, llega a tener un brillo azulado. Todas somos morenas, sí, pero el color brilla de distinta manera cuando estamos al sol o en interiores, bajo la luz artificial. Estaba ansiosa por trabajar en ese proyecto. Esperaba capturar también nuestras diferentes personalidades, pero aún no había resuelto cómo mostrar eso en imágenes; tal vez mediante la ropa. Zahrah, la sensata, con sus jeans y camisetas; Brook, la soñadora, con sus tonos pastel y sus flores; Leela, la enamorada, con sus rosados favoritos, y yo, la... la... no sé qué. La de Géminis. El signo de los gemelos, de la personalidad dividida. Algunos días me visto con un estilo bohemio y con accesorios étnicos (préstamos de mamá o de tía Sarah); otros días, como una marimacho, con jeans, *Converse* y camisetas masculinas (préstamos de Lewis o de papá).

—De acuerdo, ¿y tú, Zahrah? —preguntó Brook—. ¿Qué quieres ser en realidad?

—Doctora en Leyes, creo. Para mejorar el mundo. Quiero ser independiente, eso es seguro.

—¿Y tú, Leela? Estás muy callada —dijo Brook.

Leela se encogió de hombros.

—Es una decisión muy importante. Tal vez estudie medicina. No creo que quiera ser farmacéutica como mamá y papá. Igual que tú, Zahrah, quiero aportar algo. Quizá viajar a algún país pobre y ayudar.



Empezaba a sentirme superficial. Yo no tenía idea de lo que quería ser o hacer, ni mucho menos algo que fuera tan valioso. No había pensado en el futuro, en objetivos ni en carreras. En los últimos años, mi familia se había mudado tantas veces que mi preocupación principal había sido acomodarme en un solo sitio, y ese objetivo se había cumplido hacía tan poco tiempo que aún estaba disfrutándolo demasiado como para ponerme a pensar en lo que seguía.

Mi teléfono móvil anunció que tenía un mensaje. Lo tomé de la mesa y eché un vistazo a la pantalla.

¿Podemos vernos? Quiero decirte algo. Joe X

¿Joe X?, pensé. Hum, qué interesante. ¿X? ¿Qué quiere decir con eso? Nunca había firmado Joe X. Siempre Joe. Joe a secas. Sin la X. Sentí que mi mente se aceleraba. ¿Qué querría? Antes, siempre que nos habíamos acercado, él se había apartado o me había salido con aquel discurso de “no quiero compromisos”, a veces seguido por alguna relación con una chica linda, mayor que yo, para que captara el mensaje: no quería compromisos *conmigo*. Y ahora ¿qué? Sentí que mi estómago daba un vuelco. Esperaba que no fuese a dejarme incluso antes de que llegáramos a empezar nada.